



Maldita yo entre las mujeres

SONIA MONTECINO

"Yo no quiero en mi casa hombres que me miren con mala cara! ¡Afuera!", cuenta Benjamín Vicuña Mackenna que gritó la Quintrala, cuando el Cristo de la Agonía volvió sus ojos enojados hacia ella.

Tal vez esta frase pueda explicar el "malditismo" de una mestiza chilena del siglo XVII, que Mercedes Valdivieso restituye en una novela que surge como una nueva versión del mito de la Quintrala. Historia y mito siempre se han entrelazado en la psiquis latinoamericana. En este caso, se trata de un personaje femenino nombrado, en muchos textos historiográficos, para representar -casi caricaturescamente- los atributos negativos del mestizaje. Creemos que la autora ha realizado una peculiar lectura del mito de la Quintrala, una suerte de interpelación a lo femenino, que se vale de los materiales del pasado, para tocar el presente, en un espejo que roza generaciones.

Decir "maldita yo entre las mujeres", es equivalente en nuestro imaginario sinócrico a decir bruja, Eva, prostituta. Porque "bendita yo entre las mujeres", su opuesto, es la poderosa imagen de la Virgen Madre. Sin embargo, en la novela de Mercedes Valdivieso esta oposición se disuelve, pues es resultado de un mundo en donde la religiosidad es la fundación del orden y su legitimación.

Pienso que estamos en presencia de un relato profundamente religioso, que coge, como en un abanico, las múltiples combinaciones de la cosmovisión indígena y de la española, para entregar un universo poblado por fuerzas sobrenaturales y por "auxilia-

res mágicos".

En ese mundo chileno, mezclado, ritual y violento, la autora sitúa el nacimiento de una estirpe de mujeres: "En esa espera de la cédula, cabemos las Catalinas, la nieta y la bisnieta de su deseo. En el decir de la gente nos confunden y, mientras mi madre vivió, fuimos una". Un linaje poderoso, simbólicamente, por su origen dual: "Mestiza, decían a espaldas de doña Agueda... Doña Agueda contestó que eso era: ser mujer primero y también, mujer cruzada por dos destinos, lo que era ser mujer dos veces". Epopeya de la gestación del Reino de Chile: las mujeres, las madres lo hicieron y fundaron solas este territorio de huachos mestizos, de bastardos, de ilegítimos.

Por ello, el imperio de la mestiza anida en sus fuerzas genésicas, en la maternidad: "El malo odia a las preñadas, el parir de la mujer le está diciendo que ella fue primero". No en vano la Catalina madre, muy anciana muere con el delirio de sentirse embarazada, y su fallecimiento es un acto homólogo al alumbramiento.

La vida y la muerte son artilugios de mujeres, así como el amor y la violencia su espacio de regocijo: "no sabemos por estar vivos y juntos y por mancharnos con la sangre de la penitencia recién pasada, de las heridas que la refriega de nuestros cuerpos abría de nuevo. Fue mi primera noche de éxtasis, la primera, antes de poner en palabras lo que se dice mejor de piel a piel en silencio".

De este modo, el personaje Quintrala de Mercedes Valdivieso, parece ser más un desmentido a la subordinación que una víctima de ella. El desmedro de la

mujer es en la novela un asunto más discursivo, más de las estructuras que del sujeto, de su cotidiano y de sus prácticas. Y no nos cabe duda que esto fue así en el pasado. En este sentido, la escritora parece querer develarnos una tradición femenina que la "modernidad" ha transformado o que el discurso de esa modernidad ha condenado a un espacio vacío, de carencias.

Mercedes Valdivieso así transmuta el mito de la Quintrala, sin alterar sus rasgos de heroína maldita, pero desplazando los códigos de su malignidad a un sistema cultural que los admita y, más aun, sin el cual no podría ser lo que era. De este modo, el nuevo mito anula el malditismo y coloca a la Quintrala, en tanto representación de lo femenino, en el límite del poder: poder de manejar lo sobrenatural y poder de la reproducción, como hemos dicho. Puede resultar extraño nombrar heroína a la Quintrala: pues ella bien puede semejar al revés de los héroes clásicos: sin embargo, su vida -la de la novela- atravesada por la bastardía (en tanto no blanca, en tanto criolla) debe ejecutar actos heroicos para lograr su legitimación (ser bruja).

Por otro lado, la Quintrala como personaje central de un linaje de mujeres evidencia la complejidad que adquieren -y adquieren- las relaciones entre los géneros en nuestro territorio mestizo. Lo masculino surge omnímodo en el plano de las instancias públicas (la Justicia, la Iglesia, el Ejército, etc.); pero débil en la práctica. Esa debilidad es causada por lo femenino, que excéntrico a las instituciones, maneja un haz de fuerzas mágicas y naturales que fuerce su potestad. La mestiza, aliada con la indígena -su sirvienta, la Tatamail- formula un espacio gobernado por deidades tutelares y por ritos propiciatorios que rompen el orden. También el cuerpo, la seducción, el abrazo caliente de lo femenino son herramientas de poder que anulan el imperio masculino y guerrero del Chile colonial.

El precio que paga la mujer,

AUTORÍA

Montecino Aguirre, Sonia, 1954-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Maldita yo entre las mujeres [artículo] Sonia Montecino.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile